

*DEDICATORIAS QUE  
FRAY BENITO GERONYMO FEIJOÓ  
DEDICA EN SU LIBRO  
“THEATRO CRÍTICO UNIVERSAL”*

*A*

*JUAN DE GOYENECHÉ  
EN EL TOMO V (1733)*

*y*

*FRANCISCO JAVIER DE GOYENECHÉ  
EN EL TOMO VII (1736)*

## DEDICATORIA

**Que hizo el Autor al muy Ilustre Señor Don Juan de Goyeneche,  
Señor de Belzunce, &c.**

No busco Mecenas en V.S. porque nadie busca lo que tiene. Desde que vieron la luz mis primeras producciones, se declaró V.S. protector de ellas, y mío: dicha, que carga toda sobre mi agradecimiento, por no haber tenido parte en ella mi solicitud. La estimación de mis escritos pasó muy luego en V.S. a inclinación amorosa a mi persona, como me testificaron los muchos favores que debí a V.S. cuando estuve en esa Corte, y que hasta hoy me continúa, no sólo dignándose de honrarme con su correspondencia epistolar, mas acreditando con finísimos hechos las tiernas expresiones de que siempre abundan sus discretísimas Cartas. Dice el Gran Canciller Bacon, que antiguamente era costumbre [IV] entre los Autores dedicar los libros a sus amigos. *Melius veteres, qui non aliis quam amicis, atque aequalibus scripta sua dedicare solebant.* Este sí era obsequio puro; porque por ningún lado le manchaba el interés. El que antecedentemente se experimentó amigo, ya está ganado para todo; con que nada va prender de nuevo el anzuelo de una Dedicatoria. Sin esa diligencia será Mecenas ahora el que sin ella lo era antes. Y en caso que la indigencia del Autor le constituyese en términos de aspirar a otro favor de menos decoroso sonido; tampoco esperarí

un amigo poderoso, y generoso a la mendicante sumisión de la Dedicatoria para mejorar su fortuna.

Revoco, pues, señor, ahora al uso moderno la noble práctica de los antiguos Escritores. De un amigo tan fino, tan magnánimo como V.S. no espero, ni quiero sino lo que ya estoy poseyendo, que es su afecto; como V.S. sabe muy bien que no he querido hasta ahora otra cosa. Pero mucho mejor lo sé yo; porque tengo altamente [V] estampadas en la memoria sus repetidas generosas ofertas. Y lo que es mucho más, ¿cómo podré jamás olvidar lo que poco ha sucedió, que habiendo dado yo a un sujeto de mi cariño una Carta de recomendación para V.S. sólo a fin de que le solicitase algún patrono en la América, adonde le conducía la estrechez de su fortuna, hartamente desproporcionada a su mérito, no contento V.S. con ejecutar lo que yo le suplicaba, con instancias le ofreció el dinero necesario para los gastos de tan largo viaje? ¿Qué haría conmigo, quien hace esto con otro, sólo por saber que es de mi afecto? Ya se ve que me constituiría yo indigno de tanto amor, si el mío no fuese tan desinteresado como el de V.S. generoso.

Mas no por eso, señor quiero jactarme de que vaya desnudo de toda ambición el respetuoso culto de colocar el nombre de V.S. en la frente de este Libro. Soy tan sincero, que he de confesar lo que tengo de ambicioso. Un alto interés acompaña a mi gratitud en esta acción. Aspiro con ella a un [VI] grande honor. ¿Cuál es? Que

conozca todo el mundo, que V.S. es mi amigo. Para los que saben quién es el señor Don Juan de Goyeneche (¿y quién hay que lo ignore?) significa mucho a mi favor su amistad. Los raros talentos de V.S. tan acreditados en el mundo, a todo el mundo persuaden que nunca yerra en la elección de amigos, ni coloca su cariño sino donde encuentra proporción de los méritos. Dotó Dios a V.S. de una singularísima perspicacia, y claridad de entendimiento; y sobre todo le concedió en grado eminente aquella parte más alta, la más útil, y juntamente la más difícil de la Política, que es la íntima penetración de los sujetos que trata. Cuanto yo puedo, y debo inferir de aquí, es, que algo de bueno debo tener, cuando V.S. me ama tan de veras. Pero es sin duda que el público inferirá aún mucho más, porque son pocos los que advierten, que por discreto y justo que sea el que favorece a muchos, nunca la dispensación es tan independiente de la fortuna, que en uno u otro [VII] individuo no supla por el mérito la suerte.

Ello es constante, que en la opinión común la afición de V.S. es una calificación de muy singular carácter, por la experiencia que hay de que V.S. aunque en general ama todo lo bueno, sólo se prenda de lo exquisito. Días ha, que empecé a observar, que no oí nombrar sujeto alguno por amigo o favorecido de V.S. que por un camino u otro no estuviese adornado de excelentes prendas. Yo mismo, estando en la Corte, noté, que siempre que vi a V.S. le hallé acompañado de

sujetos tales: como Planeta superior del Cielo literario, circundado siempre de satélites luminosos. Es la Casa de V.S. noble Academia donde concurren los más escogidos Ingenios; no humilde Tertulia donde se admiten míseros pedantes. No hallo en la Historia ejemplar más ajustado al genio de V.S. que el de aquel gran Romano, Lúculo, a cuya habitación, dice Plutarco, acudían los doctos como a hospicio propio de las Musas (*velut ad Musarum hospitium*), y donde [VIII] hallaban mesa franca los Ingenios sobresalientes de aquella Era; esto es, los Griegos: *In summa erant convivium, & prytaneum Graecis omnibus Romam commeantibus ejus penates.*

Hasta aquí he celebrado a V.S. sólo en aquella parte donde por reflexión vuelve hacia mi persona el eco del aplauso. A mí mismo me adulo con el elogio. Mas si vuelvo los ojos a todas las demás brillantes cualidades de V.S. pierdo la vista y el tino en tanta copia de luces, como el que se pone a contar las estrellas. ¿Qué parte hay en la Ethica, ni en la Política, donde no se pueda señalar a V.S. como ejemplar de singularísima nota? ¿A quién no admira ese corazón soberanamente magnánimo, e igualmente que magnánimo benéfico, donde jamás se cierra la puerta al ruego, y las más veces se anticipa la liberalidad a la súplica? ¿Quién no envidia esa comprensión maravillosa, que de todo entiende, y a todo atiende? Ya el general consentimiento va haciendo proverbio de aquella sentencia [IX] que profirió un discreto, y aprobaron luego todos los que lo son: *Todos*

*para sí, Goyeneche para todos, y para todo.* Un dicho tan expresivo, tan definitivo de quien es V.S. no dejándome que añadir en la substancia, por eso mismo me obliga a que le ilustre con algún género de comentario.

Es V.S. para todos; porque, como el Sol, a todos extiende su beneficencia, siempre que se presenta oportunidad, o lo dicta la razón. Es para todos; porque todos hallan en V.S. lo que respectivamente les corresponde: el Soberano fidelidad; el superior respeto; el igual franqueza; el humilde afabilidad; el virtuoso amor; el sabio veneración; el ignorante enseñanza; el pobre piedad; y todos dulzura, veracidad, y honor. Es para todos; porque de todos se hace amar. Príncipes, y vasallos, grandes, y pequeños, Señores, y Populares, Togados, Religiosos, Militares; en fin todos, y de todas clases, desde el instante que empiezan a tratar a V.S. empiezan a amarle. Confieso, que la virtud sola, por grande que sea, no [X] es capaz de producir tanto efecto. Es menester que a la virtud se añada, lo que en V.S. ciertamente se añade, una gracia eficazmente persuasiva en gesto, acciones, y palabras; una exterioridad naturalmente amable y decorosa, que al más rudo revela de golpe las buenas calidades del alma, *Oris decor, & amanae gratiae genuis* (decía allá Barclayo de su Héroe) *cujus virtute omnes ipsius motus, omnes nutus placebant.* Es V.S. para todos; porque en la conversación se acomoda al genio, capacidad, y lenguaje de todos.

Es esta una felicidad tan rara, que yo dijera que sólo se podía hallar en la idea, si sobre lo que me ha mostrado la experiencia, no me hubiesen testificado infinitos, que la han palpado en V.S. Parece que en la lengua de V.S. está depositado el maná de la discreción. Todos gustan de ella, por más que los gustos sean varios, y aun opuestos. Es V.S. no sólo para todos, más también para todo. Esta es la otra parte de la definición. ¿Qué asunto, qué objeto, o [XI] útil, o glorioso a la sociedad humana, y a la República, se halla fuera de la esfera de actividad de V.S.? Las Ciencias le reconocen por Protector, las Artes por Promotor. ¿Quién hasta ahora ha consultado a V.S. sobre cualquiera materia práctica que se fuese, que no debiese a su dirección el acierto? ¿En qué cosa ha puesto V.S. la mano (habiéndola puesto en tantas, y tan arduas) que no correspondiese el suceso al designio? Ha hecho V.S. sólo lo que los Extranjeros imaginaban no podrían hacer todos los Españoles juntos. Los que entre ellos más honraban a nuestra Nación, sólo la creían ingeniosa para sutilezas teóricas. V.S. les ha mostrado, que nada es inaccesible al genio Español, rebajándoles al mismo tiempo los intereses, que a su diligencia tributaba nuestra desidia. El Establecimiento de tantas manufacturas, el alto, y felizmente logrado proyecto de conducir de las intratables asperezas de los Pirineos, y aun del centro de esas mismas asperezas, árboles para las mayores Naves, la fundación de [XII] un lugar hermoso, y populoso en terreno

que parecía rebelde a todo cultivo; pedían sin duda no sólo una comprensión elevadísima, mas una grandeza de ánimo incomparable. Uno, y otro nos deparó el Cielo para bien de España en V.S. Era menester, sobre un entendimiento de miras muy sublimes, un espíritu heroico en el grado más eminente, para tomar por su cuenta un hombre sólo la Fábrica de Cristales, habiendo visto perderse sucesivamente dos Compañías formadas al mismo intento. Rodulfo, el primer Emperador Austriaco, no quiso hacer jornada a Italia, aunque al parecer lo pedían los intereses del Estado, por haber observado que todos los Emperadores antecedentes que habían hecho el mismo viaje, habían perecido en aquella Región; e instado para ello por sus Aulicos, los satisfizo con la fábula de la Zorra, que llamada del León, no quiso ir a su cueva, por haber advertido en el camino muchas pisadas de los demás animales que habían sido llamados, pero todas de ida, ninguna de vuelta. [XIII] Era dotado aquel Príncipe de gran corazón; pero para meterse en un empeño donde se perdieron todos los que le emprendieron antes, no basta un espíritu precisamente grande, es menester que sea supremo. Nació V.S. con grandes obligaciones; pero el espíritu es tan superior a las obligaciones del nacimiento, que la voz común, cuando dice, que *Don Juan Goyeneche tiene corazón de Príncipe*, aún no explica adecuadamente su magnanimidad.



El Heroísmo tiene diferentes clases. Los hombres pueden hacerse famosísimos por varios rumbos. Cada uno podrá repartir entre ellos su estimación como quisiere. Lo que yo siento es, que más fácil es hallar en una República un guerrero tan ilustre como Escipión, un Cónsul tan político como Apio Claudio, un Orador tan discreto como Tulio, un hombre tan docto como Varrón, que hallar un todo, como el de Don Juan de Goyeneche: hallar, digo, un hombre tan para todos, y tan para todo. No creo que estaba fuera de este [XIV] sentir nuestro Monarca Felipe V cuando dijo a su Confesor, que si tuviese dos vasallos como Goyeneche, pondría muy brevemente a España en estado de no depender de los Extranjeros para cosa alguna, antes reduciría a estos a depender de España para muchas. Por los apuros grandes de la Monarquía no pudo lograr tanto el Monarca con un Goyeneche solo, pero fue mucho lo que logró: y no tiene duda, que España debe inmortales gracias a V.S. porque con las manufacturas que estableció, le produjo la conversación de grandes cantidades de dinero, que antes llevaban las extranjeras.

Rindió la antigüedad divinos honores a Minerva, no por otro mérito, que haber inventado el huso, y las obras de lana; que generalmente juzgaban que no debían corresponder con menos que Templos, Aras, y Sacrificios a cualquiera que hacía algún señalado beneficio a los mortales. *Deus est mortali juvare mortalem*, dijo Plinio el Mayor. Debe España a V.S. [XV] no sólo innumerables obras de lana, de

quienes respectivamente a nuestra Monarquía se puede V.S. decir inventor, más otras muchísimas fábricas, de quienes no se acordó Minerva. Es, pues, acreedor V.S. a que la Nación le celebre, no como a Deidad Tutelar suya (vayan fuera hipérboles, y metáforas), pero sí como a un grande Héroe de la Política, y verdadero Padre de la Patria. Yo a lo menos reconoceré, y veneraré siempre estos dos gloriosísimos atributos en V.S. cuya vida guarde nuestro Señor muchos años. De esta de V.S. San Vicente de Oviedo, y Marzo 4 de 1733.

B.L.M. de V.S.

Su más obligado Servidor, Amigo, y Capellán

Fr. Benito Feijoo

## DEDICATORIA

**Que hizo el Autor al Sr. D. Francisco Javier de Goyeneche,  
Caballero del Orden de Santiago, Decano del Real Consejo de  
Indias, Marqués de Belzunce, Señor de las Villas de la Olmeda, del  
Nuevo Baztán, de Illana, de Saceda, &c**

Dijo un famoso Crítico moderno, que era más fácil formar un Libro, que una Dedicatoria. Daba la razón, que en la multitud de Dedicatorias que ha habido, están apurados cuantos modos hay de elogiar: de modo, que ya parece imposible formar panegírico nuevo, o que no se roce con alguno de los que han precedido. Mucho tiempo tuve esta sentencia por más graciosa, que verdadera. Mi experiencia me bastaba para [IV] dudar de su solidez: porque en efecto, llevando ya estampadas nueve Dedicatorias, no pienso que en alguna de ellas me haya copiado a mí mismo, ni a otro algún Autor. Mas en fin ya llegó el caso, Señor Marqués, de verme puesto en el empeño de una Dedicatoria, en que no puedo decir cosa alguna de nuevo, en que, o he de callar, o repetir. ¡Notable apuro para un Autor! Dediqué el V Tomo de mi Teatro al gran padre de V.S. el Sr. D. Juan de Goyeneche; y en la Dedicatoria, por cumplir con el estilo, que ya hizo preciso en este género de escritos el elogio, definí, según mi cortedad, aquella alma incomparable, aquel espíritu, en quien se apuró lo sublime, aquel ánimo de todos modos excelso. Aquí entra mi presente embarazo. Definido el padre, ¿qué he de decir de su hijo? En la pintura de las almas, como en la de los

cuerpos, si no hay discrepancia alguna en los originales, preciso es usar los mismos colores, y tirar los mismos rasgos. En este estrecho me veo, habiendo de pintar a V.S. después de [V] pintado su padre: pues de los dos puedo decir con Plauto in Menaechmo:

Namque ego hominem homini similiorem numquam vidi alterum.

Neque aqua aquae, nec lac est lacti, crede mihi, usquam  
similius.

Cuando contemplo ese ánimo franco, ese corazón benéfico, ese semblante apacible, esa discreción portentosa, esa índole noble, ese dulcísimo agrado, apenas, ni la Lógica, ni la Filosofía me prestan bastante luz para distinguir la alma de V.S. de la de su gran padre. Tanta es la semejanza, que logra visos de identidad. Y si antes de pasar aquel prodigioso hombre a mejor vida, no hubiese visto el mundo brillar en V.S. las sublimes virtudes, que le hacen perfectísima copia suya, sería V.S. la tentación más fuerte, para creer la transmigración Pitagórica.

Acaso habrá quien eche menos en V.S. la aplicación de su gran padre a enriquecer esta Monarquía por medio de las manufacturas, y el comercio. Pero grave inconsideración será [VI] no advertir, que, animado del mismo celo, y lo mismo que sobre este punto importantísimo hizo el gran padre de V.S. con la obra, ejecutó V.S. con la pluma. La traducción del libro intitulado Comercio de Holanda, y las bellas reflexiones, con que, para aprovecharse del libro, previno

V.S. al lector, es una obra, que, en orden a la utilidad pública, puede emular todas las de su gran padre. La instrucción, que con este libro dio V.S. a España para el comercio, vino a ser una Aurora Boreal de otra especie, pues en él recibió nuestra Península las primicias de luz, que necesitaba, traídas del Norte por mano de V.S.

Suponiendo a V.S. perfectamente semejante a su gran padre, le contemplo en la mayor elevación, a que puede ascender mi discurso. Si acaso cabe más en este clase de heroísmo, a este mas no llega mi idea. El que fuere superior al gran padre de V.S. en el mérito, estará más allá de cuanto puede avanzar mi imaginación. Así estoy bien lejos de tributar a V.S. aquel elogio con que Ovidio aduló a Augusto, diciendo que su padre adoptivo el [VII] gran Julio desde el Cielo, donde le suponía glorioso, se complacía de verse excedido del hijo:

...natique videns benefacta, fatetur

Esse sui majora, &vinci gaudet ab illo. {Metam. Lib. 15}

Celebrarán otros en V.S. el abultado cúmulo de noticias históricas, y políticas, que ha adquirido, ya en la lectura de los libros, ya en su voluntaria peregrinación por varias Cortes, y Reinos de Europa: el conocimiento, y uso perfecto de cinco diferentes idiomas: el diestro manejo de las armas, sobre todo de aquella, cuyos aciertos dan esplendor, y vanidad aún a los Príncipes: el primor con que tañe varios instrumentos músicos, dando nuevo lucimiento a su armonía

el dulce, y reglado consorcio de la voz: la feliz, y pronta ocurrencia de dichos festivos, y agudos: la extensión del ingenio a las amenidades del Parnaso, prenda en que la parsimonia del ejercicio hace más admirable, y juntamente más recomendable la excelencia en el uso. Digo que celebrarán muchos en V.S. estas, y otras nobles partidas, que le adornan. Y no dudo yo, que el conjunto de ellas basta para hacer brillante, [VIII] y admirado a un Caballero en la más populosa, y culta Corte del mundo. Sin embargo afirmo, que todas estas bellas prendas, comparadas con las otras sublimes cualidades, que representan en V.S. el heroico espíritu de su gran padre, se oscurecen, se anublan, se asombran, como a la vista del Sol las más lucientes Estrellas: que siempre la mayor luz es sombra de la menor. Fue proverbio de la antigüedad *Heroum filii noxae*, para denotar, que comúnmente los hijos de los hombres grandes degeneran. Con todo, aún entre los antiguos padeció el adagio muchos sectarios de la opuesta sentencia: *Fortes creantur fortibus, & bonis*, dijo Horacio. Y Marullo:

*Scilicet est olim vis rerum in semine certa,*

*Et referunt animos singula quaeque patrum.*

Es cierto que de todo se ha visto mucho. Pero estoy persuadido, a que en los que degeneraron, no vino el daño de la índole, sino de la educación; o por mejor decir, de la falta de ella. Los que llamaron Héroes los antiguos, unos hombres entregados entera, y únicamente

[IX] a procurar, o por las Artes políticas, o por las Armas, ya la gloria propia, ya la grandeza de la Patria. De todo lo doméstico descuidaban. Deslumbrados con el resplandor de asuntos grandes, despreciaban como empleo de almas vulgares la educación de los hijos. ¿Qué resultaba de aquí? Lo que es natural que resultase. No tenían los hijos otra regla de sus acciones, que el desordenado ímpetu de la edad juvenil. De parte del padre no les venía corrección alguna, y la elevación del padre impedía toda otra corrección. La República, en atención a su mérito, no los castigaba: a los particulares contenía el miedo de su grandeza para rebatirlos. Así tal vez los que, si hubieran nacido de un hombre nada ilustre, no serían malos, por ser hijos de un sujeto esclarecido saldrán malísimos.

Si los antiguos Héroes poseyesen el heroísmo en el grado de D. Juan Goyeneche, no quedarían sus hijos expuestos a la nota de aquel infamante adagio. Otra vez lo digo, y lo diré otras mil veces: Sólo D. Juan de Goyeneche fue para todos, y para todo. ¿Cómo quien [X] fue para todos, olvidaría a los propios hijos? ¿Cómo quien fue para todo, descuidaría en el cumplimiento de una obligación tan principal en la ética, y política, como es la educación de ellos? Así en efecto atendió a la de V.S. y con tanta diligencia, como si no pensase en otra cosa. Lo que yo en esta parte admiro es, que venciendo las ternuras del amor paterno, concurriese a mover a V.S. a la ausencia dilatada, que hizo en estos Reinos, para que en los extraños

recibiese toda la cultura de que era capaz su grande espíritu. Admiro aquella resolución, porque fue una arduísima victoria del amor propio. Con todo (¿atrevereme a decirlo? Sí) dudo de si fue afectada. Es cierto, que si yo me hallase al lado de V.S. cuando estaba preparándose para aquel gran viaje; procuraría detenerle, aplicando al caso la famosa sentencia, que, según refiere Luciano, dijo Scytha Tojaris a su compatriota el Filósofo Anacharsis. Había tiempo que estaba Tojaris en Atenas, cuando arribó a aquella ciudad Anacharsis, deseoso de perfeccionar su espíritu con el trato de los sabios de [XI] Atenas, y de toda la Grecia; y, sabiendo su ánimo, le condujo inmediatamente a Solón, aquel insigne hombre, que fue el mayor ornamento de su Patria, y de su siglo: y puesto en su presencia le dijo a Anacharsis: Viso Solone, omnia vidisti, hoc sunt Athenae, hoc est ipsa Graecia. En este mismo tenor me explicaría yo con V.S. si le viese cuando disponía su marcha a las Naciones extranjeras. ¿Para qué es, Señor, esta peregrinación? Visto a su Padre, todo lo tiene visto V.S. En este hombre sólo está recopilado cuanto para instruir, y perfeccionar el ánimo, puede V.S. ver en los demás Reinos de Europa. ¿Para qué salir de su casa, quien dentro de ella tiene una escuela universal? En D. Juan de Goyeneche están incluidas, juntamente con la Fe Española, la Política Romana, la Sinceridad Flamenca, la Policía Francesa, la Constancia Alemana, el Valor Angélico, la Habilidad Batava, la Generosidad Sueca: en fin, todas



las virtudes intelectuales, y morales, cuyos ejemplares va V.S. a buscar en otras Regiones. Este es el Solón del presente siglo, de quien se puede [XII] con toda verdad decir lo que del otro dijo Demóstenes: Solonis, & viventis, & mortui summa gloria extitit. Así, Señor, viso Solone omnia vidisti. Y no dudo yo, señor Marqués, que el finísimo oro de la noble índole de V.S. haya recibido más preciosos esmaltes del ejemplo, y escuela paterna, que de cuantos documentos teóricos, y prácticos pudo estudiar su observación en los Reinos extraños.

Siendo V.S. copia tan perfecta de su glorioso padre, está patente el motivo de dedicarle este Tomo, que es tributar a la imagen el mismo culto, que antes di al prototipo. Esto podrá disculparte con V.S. si acaso he mortificado con mi panegírico su modestia: pues bien ve V.S. que yo no pude evitar la necesidad de explicar en la Dedicatoria el motivo de rendirle este obsequio. Dije si acaso, porque todavía me lisonjeo de haber descubierto rumbo para elogiarle, sin ofenderle, que fue mezclar las alabanzas de V.S. con las de su glorioso padre. Esto vino a ser imitar aquel primor de los Músicos diestros, que mezclando oportunamente las voces disonantes, o falsas con las consonantes, suavizan la aspereza de las primeras con la dulzura de las segundas. Son para la modestia de V.S. disonantes las voces, que elogian su persona; pero al mismo tiempo tan consonantes, y dulces para su amor las que cantan las virtudes heroicas de su gran

padre, espero, que la melodía de éstas temple la aspereza de aquellas. Nuestro señor guarde a V.S. muchos años. Oviedo, y Abril 14 de 1736.

B.L.M. de V.S.  
su más rendido capellán, y Servidor  
Fr. Benito Feijoo